

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

Ella quiso desasirse con un movimiento brusco y con la punta de los dedos tocó á la nariz de su marido. Este, creyendo que su mujer había intentado pegarle una bofetada, la emprendió á golpes con ella, sopapeándola muy lindamente.

—¡Toma! ¡toma! ¡descarada! ¡maldita! ¡mujerzuela! ¡mujerzuela!

Cuando estuvo cansado, levantóse, y acercándose á la mesa, tomó un vaso de agua con azúcar y azahar.

Matilde lloró amargamente, sintiendo que se derrumbaba toda su dicha.

Y entre abundantes lágrimas, repetía sollozando:

—Escúchame, Antonio, no me abandones, ven; te juro que fué un engaño; tú sabes que íto puede ser verdad. Acércate, Antonio; escúchame...

Preparando su defensa con explicaciones y mentiras bien hilvanadas, Matilde se incorporaba humildemente.

Y Antonio se acercó á ella silencioso, avergonzado ya de sus furores, pero sintiendo en su corazón de marido un odio inextinguible contra la mujer que había engañado al otro, contra la casada que faltó á sus deberes de buena esposa.



LAS PRIMERAS NIEVES

EL camino de la Croisete curvándose, bordea el agua límpida y azul. A la derecha y en los confines del horizonte, avanza el Estertel cortando el mar, y limita el panorama con sus cumbres pintorescas, agudas y numerosas.

A la izquierda, las islas de Santa Margarita y San Honorato, aparecen cubiertas de pinos; y en las faldas montañosas de Cannes, las blancas villas parecen dormir al sol. Se descubren desde muy lejos, diseminadas, y semejantes á copos de nieve salpicando el verdor obscuro.

Las más próximas á la orilla del mar, abren su verja de hierro junto al camino que del otro lado bañan las olas tranquilas.

Apenas un ligero escalofrío turba la placidez encantadora de un día de invierno. Sobre las tapias de los jardines asoman los naranjos y limoneros

sus ramas cubiertas de frutos dorados. Algunas damas pasean lentamente, atentas á los juegos de los niños ó á la conversación de los caballeros que las acompañan.

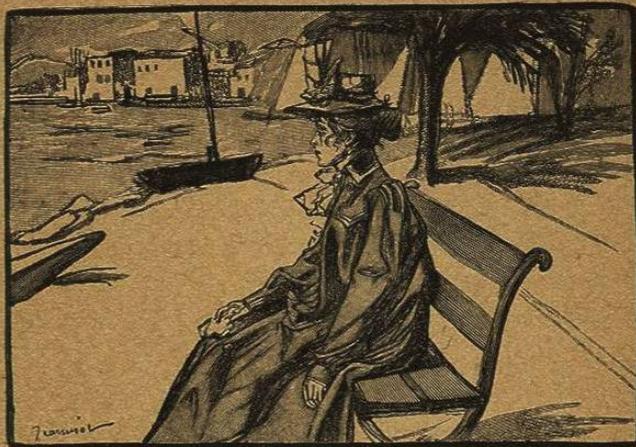
* * *

Una señora joven, al salir de una casita preciosa, detiéndose un instante mirando á los transeuntes; luego, risueña y abrumada, se sienta en un banco, frente al mar. Aquellos veinte pasos la fatigan, su pálido rostro parece de una muerta. Se ahoga, y tose, llevándose á los labios una mano delgada y transparente.

Contempla el cielo inundado en resplandores del sol, mira revolotear las golondrinas, y sus ojos, que se posaron antes en las cumbres caprichosas y lejanas del Estertel, descansan luego en el mar, tan azul, tan plácido, tan hermoso.

Sonriendo, murmura: «¡Qué feliz soy!»

Y sabe que muere, sabe que no verá la primavera; que al año siguiente, cuando vuelvan al mismo lugar todos aquellos que á su vista pasean, para respirar el aire tibio y sano de aquel país, con los niños un poco mayores y el corazón henchido siempre de esperanzas, de ternuras, de alegrías, en una caja de madera, la pobre carne que aún luce



su elegancia, se deshará en polvo, dejando solamente sus huesos débiles, envueltos en el traje de seda que ya eligió para sudario.

No existirá. Todas las cosas, la vida, continuarán para otros. Para ella, no. Acabará todo para ella; todo, todo. Ella no existirá.

Y sonríe, respirando lo más posible, con el esfuerzo de sus pulmones doloridos, el aire que se perfuma en los jardines.

Recuerda.

* * *

La casaron con un caballero de Normandía. Era un buen mozo, fuerte, barbudo, ancho de espaldas,

bullicioso y satisfecho; pero de inteligencia no muy cultivada.

Los unieron por conveniencias que la esposa no comprendía. Ella hubiese dicho con gusto: «no»; dijo «sí», por no contrariar á sus padres. Vivía en París, alegre y dichosa.

La llevó su marido á una posesión señorial de Normandía. Un edificio de piedra, junto á un bosque de pinos corpulentos. Por delante, sólo se veía el verdor obscuro del monte; por detrás una llanura estéril; un caminito los ponía en comunicación con la carretera que distaba de allí tres kilómetros.

¡Oh! Lo recuerda todo: su llegada, el primer día que pasó en su nueva residencia, su vida silenciosa y aislada.

Viendo los viejos muros, al apearse del coche, había dicho sonriendo:

—No es muy alegre nuestra casa.

Y su marido, sonriendo también, había contestado:

—Ya verás: á todo se acostumbra uno; á mí nunca me aburríó esto.

Pasaron aquel día besándose y acariciándose; á ella no se le hizo largo ni aburrido. Al día siguiente y toda la semana, el hombre la devoró á fuerza de caricias.

Luego, ella organizó á su gusto la casa. Entrenimiento para un mes.

Pasaba los días en ocupaciones insignificantes, y, sin embargo, absorbentes. Pudo apreciar el valor y la importancia de los pequeños accidentes de la vida. Comprendió que puede interesar el precio de los huevos, los cuales cuestan, según la estación, unos céntimos más ó menos.

Era en verano. Iba por las tardes á ver segar las mieses, y la viva luz del sol alegraba su espíritu.

Llegó el otoño. Su marido iba de caza, saliendo al amanecer con sus dos perros, *Medor* y *Mirza*. Ella quedaba sola, sin que la entristeciesen mucho las ausencias de Enrique. Le quería, pero no llegaba su cariño á tanto que le fuera imprescindible su presencia. Los perros la inspiraban mil cuidados. Al verlos llegar, jadeantes, los acariciaba con afecto maternal, diciéndoles muchas ternezas que no se le ocurría jamás decir á su marido. El cual, invariablemente, le contaba las peripecias de la caza, indicándola dónde había encontrado perdices y sorprendiéndose de no haber podido levantar una liebre; ó se quejaba de la conducta indigna del señor Lechapelier, quien le seguía constantemente á corta distancia, para matar las piezas que él, Enrique de Parville, levantaba.

Y ella, pensando en otra cosa, respondía:

—Claro; no está bien.

Llegó el invierno; el invierno de Normandía, frío y lluvioso. Los interminables aguaceros hacían crujir las pizarras; los caminos parecían ríos de agua turbia; el campo era una balsa de lodo. Solamente se oían los chapoteos del agua; solamente se veían aletear los cuervos, cayendo en bandada, como una tempestuosa y negra nube, sobre los campos.

A eso de las cuatro de la tarde se posaba el ejército lúgubre, lanzando graznidos ensordecedores, en las gigantescas hayas, á la izquierda del caserón señorial. Durante más de una hora revoloteaban de copa en copa, cruzándose y tropezándose, como si combatieran unos con otros.

Ella, con el corazón oprimido, los veía cada tarde, aterrada por la melancolía lúgubre del anocheecer en aquel desierto.

Luego llamaba, pidiendo luces, y acercándose á la chimenea, quemaba leños y más leños, no logrando nunca templar las inmensas habitaciones, invadidas por el frío y la humedad exterior. Helábase todo el día en la sala, en el comedor, en su gabinete y en su alcoba; el frío traspasaba su carne, llegando hasta la medula de sus huesos.

A Enrique lo veía sólo á las horas de comer, porque si daba un descanso á la caza, era para cuidar de sus graneros y de las labores del campo. Regresaba siempre alegre y enlodado; restregándose las manos repetía:

—¡Condenado tiempo!

Y otras veces:

—¡Da gusto acercarse á una buena lumbre!

Cuando no:

—¿Qué decimos hoy? ¿estamos contentos?

Él estaba siempre contento, limitando sus aspiraciones á vivir de aquel modo.

Hacia Diciembre, cuando empezó á nevar, enfríose de tal manera el caserón, que la mujer, no pudiendo resistir más, dijo al marido:

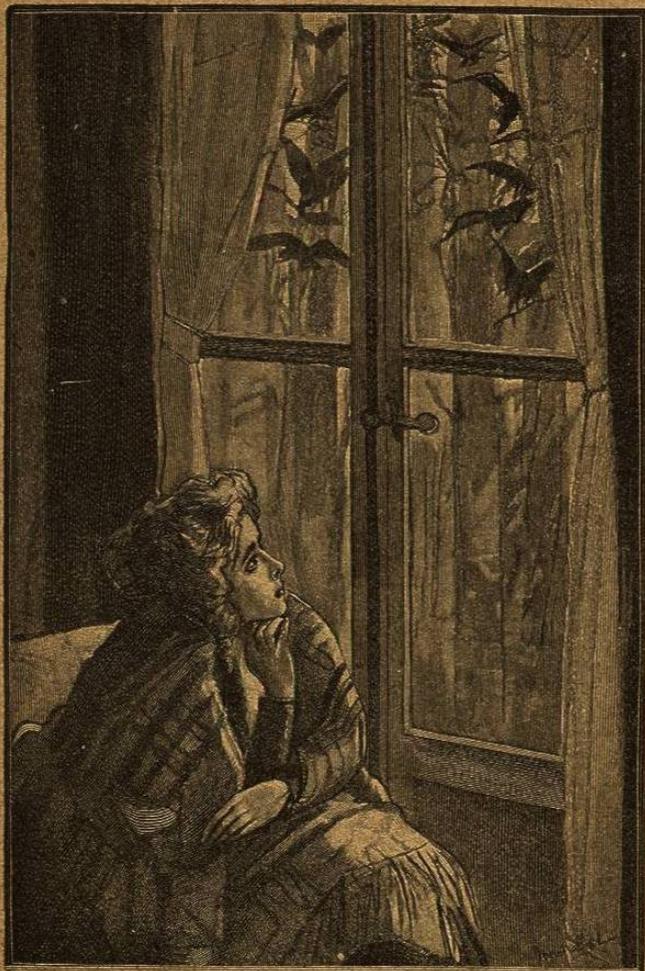
—¿Por qué no mandas traer una estufa? Secaría las paredes. Te aseguro que no entro en calor ni un instante.

Sorprendió á Enrique la idea. ¡Poner una estufa en un caserón solariego! Le hubiera parecido más lógico servir á sus perros la comida en fuentes de plata.

Y no pudo contener una enorme carcajada:

—¡Qué ocurrencia! Una estufa... un pegote aquí... En este caserón ¡una estufa!

Ella insistía:



—Sí; hace mucho frío; tú no lo notas porque sales, porque te mueves... Yo me hielo.

—Ya te acostumbrarás. El frío es muy sano; robustece. Aquí no somos parisienses ¡ira de Dios! para vivir entre algodones ó metidos en estufas. El invierno es corto, y en seguida viene la primavera.

*
**

A principios de año, una desgracia terrible la sorprendió; sus padres murieron víctimas de un trágico accidente de carruaje, y ella fué á Paris unos días. La tristeza invadió su espíritu durante cuatro meses. El buen tiempo la hizo revivir algo, y pasó, lánguidamente, hasta el otoño.

Los nuevos fríos la presentaron por vez primera el espectro de un porvenir angustiado. ¿Qué haría? Nada. ¿Qué ilusiones podían reanimar su corazón? Un médico, á quien ella consultó, la dijo que nunca tendría hijos. Ni esa esperanza.

Más duro, más penetrante aún que en el invierno anterior, el frío la invadía. Se acercaba mucho á la lumbre, y mientras las movedizas llamas abrasaban su rostro, sentía en la espalda estremecimientos glaciales. Por todas las aberturas, por todas las rendijas, pasaban corrientes de aire, filos helados, amenazadores, irónicos, implacables como enemigos

cruels. Asediábanla en todas partes, rozando su piel entumecida, con aliento mortal.

Habló nuevamente de la estufa; pero su marido la escuchaba como si le pidiera una cosa imposible; instalación de un aparato semejante le parecía tan absurdo como el descubrimiento de la piedra filosofal.

Habiendo ido á Roan para negocios, llevó á su mujer un braserillo de cobre, al cual llamaba riendo «estufa portátil», y pensó haber hecho lo bastante para que la infeliz no se quejara más de frío.

A fines de Diciembre, la mujer, comprendiendo que le sería imposible vivir siempre de aquel modo, mientras comían, se atrevió á preguntar dulcemente:

—Oye: ¿No iremos á París una semana ó dos antes de la primavera?

La pregunta produjo en Enrique una sorpresa enorme.

—¿A París? ¿A París? ¿Para qué? ¡Ah, no! Aquí estamos divinamente; aquí estamos en nuestra casa. ¡Te ocurren de cuando en cuando unas ideas!

Ella balbuceó con timidez:

—Nos distraeríamos un poco.

—¿Qué distracciones te hacen falta? ¿Bailes, tertulias, teatros, banquetes? Cuando te casaste conmigo, ya sabías que aquí no hay esas cosas.

La mujer adivinó un reproche amargo en aquella frase y en la manera de ser pronunciada. Calló; era tímida y dulce, sin rebeldías de la voluntad.

En Enero hubo grandes heladas; luego, la tierra se cubrió de nieve.

Una tarde, mientras la nube de cuervos aleteaba, posándose en las copas de los árboles, ella, sin poder contenerse, rompió á llorar.

Viéndolo su marido, la preguntó:

—¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?

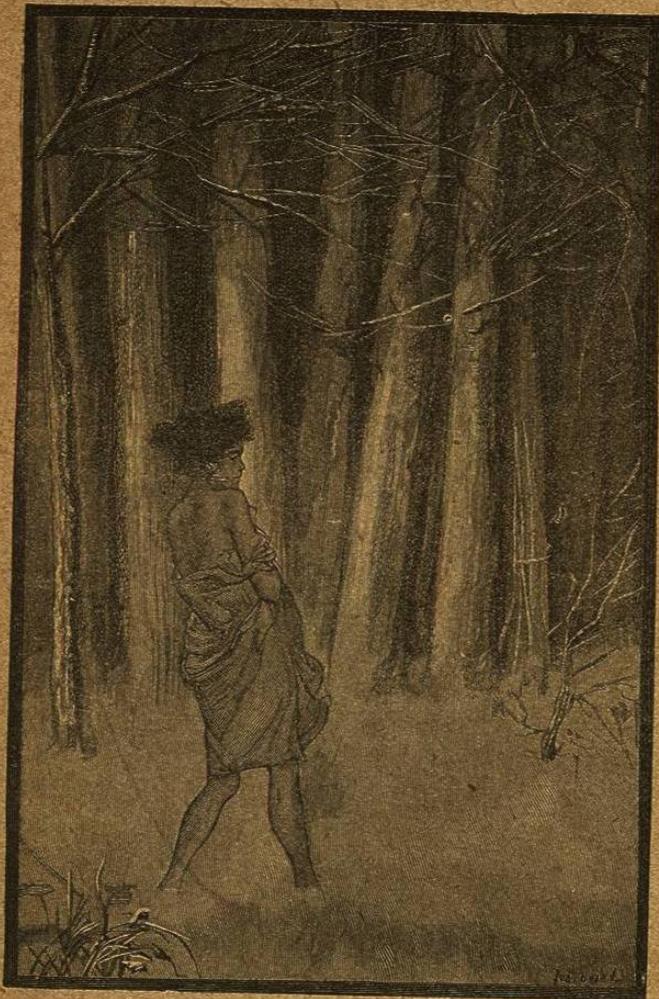
El era dichoso, absolutamente dichoso, no habiendo imaginado jamás otra vida ni otros placeres. Nacido y criado en aquella triste región, hallábase á gusto en su casa, y ni su cuerpo ni su espíritu le pedían otra cosa.

No sospechaba siquiera que se pudiesen desear otros goces, otras venturas; no comprendía que algunas almas necesitan sorpresas y variaciones; que la primavera, el verano, el otoño y el invierno tienen, para una infinidad de personas, dichas nuevas en lugares distintos.

No sabiendo qué responder ella, secaba su llanto, y al fin balbuceó entre sollozos:

—Me siento... algo... triste. Me aburro... un poco.

Se horrorizó de lo que había dicho, y añadió inmediatamente:



—Porque... tengo... frío.

Estas palabras irritaron á Enrique.

—¡Ah, sí! ¡Otra vez la idea de la estufa! ¡Es una manía! Ya lo ves; desde que vives en esta casa, no has tenido siquiera un catarro; nada.

*
*
*

A la hora de acostarse, la mujer se retiró á su alcoba (dormían separados). Hasta en la cama tenía frío, y pensó:

—Lo mismo siempre; será lo mismo siempre, siempre, siempre...

Su marido alegaba como razón poderosa que «no había tenido ella ni un solo catarro en su casa».

Es decir, que sólo tosiendo, estando enferma, le convencería.

Y sintió una indignación muy grande; la indignación desesperada propia de seres débiles y tímidos.

Era necesario enfermar para ser atendida. ¡Bien! Estaba resuelta; la tos, mucha tos; el médico... ¡ya vería! ¡ya vería él!

Se levantó, en camisa, con los pies desnudos, y sonriendo á su infantil propósito.

—Quiero una estufa, y la tendré. Tosiendo, la tendré; ya verá si la instala ó no cuando me oiga toser mucho.

Y sentada en una silla, sin abrigarse, aguantó el frío una hora, dos horas. Tiritaba, pero no se acatarraba, y decidióse á emplear un recurso extremo.

Salió de su alcoba sin ruido, bajó la escalera y abrió la puerta del jardín.

La nieve cubría la tierra, como un sudario cubre un cadáver. Hundió sus pies desnudos en aquella especie de congelada y blanquísima espuma, sintiendo en el pecho una sensación de frío, dolorosa como un pinchazo.

—Iré hasta los pinos—murmuró avanzando.

Y, fatigosa, llegando hasta el primer pino, lo tocó, para convencerse de que había cumplido su propósito; luego retrocedió, tambaleándose; apenas podía sostenerse; estuvo á punto en dos ó tres ocasiones de desplomarse; desfallecía. Sentóse y se restregó el cuello con puñados de nieve.

Ya satisfecha, entró en su casa, y subiendo á su alcoba, se acostó. Sentía un hormigueo en la garganta; estremecíase toda su carne. Sin embargo, durmió.

A la mañana siguiente no pudo levantarse; tosía mucho.

Tuvo una pulmonía; deliraba, y en su delirio pedía una estufa. El médico exigió que instalaran allí

una estufa, y Enrique tuvo que ceder, muy contrariado.

No curó. Los pulmones, lacerados profundamente, ponían en peligro su vida.



—En esta casa no resiste: se muere—dijo el médico.

Y^a la mandaron al Mediodía.

Estuvo en Cannes, recibiendo las caricias del

sol; contemplaba el mar y respiraba el aire impregnado con los perfumes de los naranjos floridos.

En primavera volvió al Norte.

Y vivía, con miedo á sanar, con miedo á que no se acabaran pronto para ella los horribles inviernos de Normandía. Por eso, en cuanto se aliviaba un poco, abría de noche la ventana, como si quisiera respirar el aire del Mediterráneo.

*
* *

Al fin, seguramente no hay salvación posible para ella. Lo sabe, y con esa certeza es dichosa.

Desdoblado un periódico, recorre con la vista las columnas de apretada letra y lee: «Primeras nieves en París».

Un escalofrío la estremece; y sonríe. Mira el Estertel, enrojecido con los oblicuos rayos del sol poniente; mira el cielo azul ¡tan azul!, el ancho mar azul... y levantándose lentamente, se retira; tose; tiene frío; un poco de frío.

Recibe una carta de su esposo, y abriéndola, sin dejar de sonreír, lee:

«Cariño mío: Supongo que ya estarás mejor, y contenta. Las heladas anuncian abundantes nieves. A mí esto me agrada, y comprenderás que no hago encender la maldita estufa...»

Interrumpe su lectura satisfecha, recordando que al fin satisfizo su deseo, tuvo la estufa que pedía. Su mano derecha, que oprime la carta, cae lentamente sobre sus rodillas, mientras la izquierda, llegando á la boca, procura sofocar la tos incesante, que desgarrá el pecho.

FIN